

A la izquierda del Padre

Matilde Ureta de Caplansky

Los seres humanos tenemos una disposición natural (M. Klein y otros) a dividir las percepciones del exterior en buenas y malas. De entrada, ante cualquier estímulo que nos venga de fuera, nos encontramos dividiendo todo: lo bueno/lo malo, lo negro/lo blanco, o cosas tales como quiénes gustan de la torta de chocolate y quiénes no, radicalmente. Lo mismo está pasando, *mutatis mutandi*, con la película brasileña de F. Carvalho *A la izquierda*

del Padre: se ha constituido en el *test* que circula en varios grupos de llamados especialistas suscitando variadas opiniones y posturas rotundas.

Nosotros nos ubicamos entre los que gustaron de la película, al punto que la hicimos, incluso, materia de varias clases: de Psicoanálisis, de Teoría de Grupo, de Psicocrítica, etcétera.

En virtud de que no soy crítica de cine, no me voy a detener en

el análisis especializado, sino que me limitaré a comentarles algunas claves –para mí– que la mencionada película nos provee para pensar y reflexionar sobre la condición humana en nuestro contexto actual: histórico, social y civilizatorio (a la manera que lo definiría Norbert Elias).

Si aceptamos que existe la Ley del Padre (no solo en clave lacaniana), esta consistiría, antes que nada, en la posibilidad simbólica de *interdictum* en la



relación fusional entre la madre primaria y el(la) hijo(a) y, a partir de esa interdicción, permitir a ambos (madre e hijos) un desarrollo medianamente adecuado desde el punto de vista psicológico. Los deslizamientos de dicha ley paterna serán más tarde las reglas, códigos y estatutos de diversos tipos que articulan la vida en sociedad por lo menos en Occidente.

Por otro lado estaría lo que proponemos llamar la Ley de la Madre—planteada por la película de manera extrema—, que sería la del intercambio sensorial y afectivo que en muy corto plazo se convierte, necesariamente, en sexual y genital.

En ese contexto, el personaje de la película, sin poder integrar estos dos tipos de leyes, paterna y materna, entra en una conducta de trasgresión y "rebeldía". En realidad, se trataría más bien de un intento frustrado y doloroso de convertirse en persona, en sí-mismo o, en palabras sencillas, en sujeto.

La tarea de devenir sujeto es un trabajo cotidiano, considerando

que somos, por definición, seres fragmentados, conflictuados y divididos entre nuestras pulsiones, deseos y realidad externa que tiene, a su vez, leyes y códigos bastante claros tales como el tabú del incesto, la práctica de la exogamia y muchos otros, y donde, aun, la sexualidad en general es vivida y entendida como pecaminosa y el placer es una mala palabra.

El descubrimiento de las diferencias anatómicas de los géneros y, un momento más tarde, de las generaciones, va a permitir continuar este azaroso desarrollo del llamado hombre o mujer normal o del devenir sujeto. Cualquier falla o vicisitud puede trastocarlo; así de delicado y doloroso es el proceso... para ambos géneros.

Una vez que aceptamos los géneros, las generaciones y las reglas en general, se organiza el mundo de la cultura y de la "civilización".

Vemos entonces que la bella película de Carvalho nos presenta a un joven desgarrado en las fronteras de la locura (de la

pasión, que a fin de cuentas es casi lo mismo), dedicado a la bebida habiendo hecho un aparente cambio de tema: del incesto a la bebida. Amor incestuoso, hay que decirlo, provocado e incentivado por la madre sin tapujos ni límites. En realidad, el personaje sigue alienado, dramáticamente, a su ser primario dominado por pulsiones que han sido activamente sobreestimuladas. Parece ser que el personaje no tiene salida... Por eso el regreso del "hijo pródigo" es lo que nos parece más falso de la propuesta de Carvalho: la escena en la que el joven finge someterse al Padre sin poder negociar su adultez y autonomía mientras el Padre sigue sin entender lo que pasa, y en qué ha fallado.

El rol del hermano mayor, Pedro (fundador de la Iglesia cristiana), de portador de la Ley, es muy interesante: será a través de él que se restituirá el orden cuyo precio, una vez más, vieja historia, será la muerte de la pecadora y no del pecador, fin este con el cual, obviamente, estamos en total desacuerdo.▲